
**Tercera parte:
Desarrollo, participación
y condicionantes**

Amelia Valcárcel

Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED-España)

Religiones, sectas y ganancias morales. El atractivo del fundamentalismo y la desconfianza hacia el feminismo

Resumen:

El artículo se propone dar una visión rápida del auge de las iglesias fundamentalistas y veterotestamentarias en muchas zonas especialmente deprimidas de América Latina. Analiza los lugares de implantación y el tipo de creencias previas a las que sustituyen. Incide sobre todo en los cambios de paradigma moral subyacentes y busca en esos nuevos paradigmas las ganancias de tipo moral que adquiere la gente que se une a las nuevas congregaciones. Por último, explicita la colisión entre los objetivos feministas y su agenda, y el estado transicional social que cumplen esas morales religiosas.

Palabras clave:

iglesias fundamentalistas, veterotestamentarias, América Latina, moral, feminismo

Abstract:

The article proposes a critical view of the raise of veterotestamentarian and fundamentalist churches in Latin America. It happens often in the poor zones of the region, and that needs a commentary. It is important to recognize the previous believes that this new believe tray to substitute. The hypothesis is that the new loyalty provides some moral issues and other kind of benefits; and this transitional social situation confronts immediately with feminist agenda.

Keywords:

fundamentalist churches, veterotestamentarian, Latin America, moral, feminism

Religiones, sectas y ganancias morales. El atractivo del fundamentalismo y la desconfianza hacia el feminismo

Livingston es una población del Caribe guatemalteco. La gente de allí es en su mayoría afrodescendiente. El idioma no es exactamente español, sino esa mezcla asombrosa de varias lenguas europeas, africanas y caribes a la que se da el nombre de garifono. Está cayendo la noche, que lo hace rápido. Es una muy cálida. Ésta es una ciudad de calles con poco asfalto y no demasiado iluminada. En un cruce, adentrándose en la pasta de edificios que casi no llegan a serlo, hay un altavoz. Sale de un inmueble modesto de dos plantas. Modesto para los cánones de fuera, ahora que lo pienso. Allí probablemente no lo es tanto. Arriba hay luz; mucha luz. Focos que iluminan casi al vecindario. En una especie de terraza con un toldillo se adivina a varias personas reunidas. No se las ve desde abajo, pero se las oye perfectamente porque para eso tienen los altavoces, para retransmitir su parlamento. Parece que quieren

que el resto del pueblo se entere y se entere bien. Arriba hablan español. De cuando en cuando cantan. Todas las voces son masculinas. Una perora y el resto asiente, celebra, aleluya.

Como Livingston es sin duda alguna un lugar original, la tentación de quedarse a escuchar es grande. Si se ha visto que en el parque infantil hay un aljibe seco con tres caimanes de varios metros, no puede descartarse lo que venga de los altillos. La voz es segura, impositiva: “Ustedes son hombres”, dice, “hombres reunidos por Dios para ser los guías de sus comunidades. Y se dirán: “Pero por qué yo, por qué Dios me escogió a mí, hermano. Dios no se equivoca, tú si te equivocas, Dios te ha escogido, Dios sabe lo que quiere, tú tienes que estar a la altura, ¿y qué quiere Dios?, Dios quiere que seas un hombre”.

En el mentado parque infantil, casi a oscuras, al lado de la piscina seca de los enormes ali-

gátores o cocodrilos, varios nativos muy altos jugaban al baloncesto en unas canastas oxidadas. A esa hora ningún niño ni mujer transitaba por allí. Los negocios siguen abiertos, pero la calle está bastante vacía.

“¿Y qué es un hombre? Un hombre es un cristiano, pero tú no puedes ser un cristiano si bebes, si te emborrachas, si no respetas a tu iglesia, a tu familia. El que se emborracha, el que es pendenciero, el que no mantiene a su familia, no es un cristiano, no es un hombre. Dios quiere que seas un hombre. Y me diréis, pero, hermano, yo tengo defectos, y yo te digo, pues no los tengas porque Dios te llama para que guíes a su gente. Y tú no puedes ser borracho, ni jugador, ni pendenciero. Tú tienes que ser de palabra, recto, porque la comunidad confía en ti, y no confiamos en las gentes perdidas. Porque Dios quiere que te salves y que salves a otros. Tú no puedes hacer lo que hacen otros, no puedes pensar lo que piensan otros. Tú dejaste atrás el pecado cuando Dios te llamó y renaciste. Y tu me puedes decir “hermano, a veces no tengo fuerza” pero yo te digo, tú no tienes fuerza, nunca tienes fuerza, de Él es la fuerza. Nosotros estamos aquí y somos la luz”.

La luz del altílo es cegadora; bastantes vatios sin duda. Insisto, quieren que se les vea y quieren que se les oiga. “¿Dónde está la fuerza?”, pregunta el conductor de la reunión. “En el Señor”, repiten lo que pueden ser unas veinte o treinta voces. Y el discurso continúa dando vueltas a los mismos temas, mientras las

exclamaciones de “amén” se van haciendo más frecuentes. La noche ha caído completamente.

A lo largo de los viajes por carretera por toda Centroamérica las iglesias con grandes letreros se suceden en los pueblos más pequeños. Se pintan de colores fuertes, verdes, rosas. Se llaman “Dios nos salva”, “Jesús te espera”, “Danos tu palabra”, “Confío en mi Creador”, “Nuestro auxilio es el Señor”... Hay cientos. Muchas veces son el edificio más grande del pueblo y los letreros son descomunales. Si uno se pregunta qué palabras se dicen dentro, imagino que las escuchadas en Livingstnton pueden ser un ejemplo. No son tan distintas de las que se escuchan a los telepredicadores. En cada país hay dos o tres canales de sesión religiosa continua, cada uno con un actor principal. Individuos magnéticos, capaces de sacar enseñanzas de los versículos más abstrusos del Antiguo Testamento, por el que parecen tener especial predilección. Los Evangelios se escuchan poco, pero *Jueces, Salmos, Reyes, o Sabiduría* son citados de continuo. De nuevo los discursos son circulares y enfáticos. Está el pueblo, está Dios, y está el individuo. El pueblo es el pueblo de Dios, poco o nada que ver con la visión política del pueblo. Dios es el tonante inquilino del cielo que inspiró a los profetas, guió a Moisés y destruyó al Faraón. Y el individuo, casi siempre varón, es alguien que ha salido de un mundo de pecado para formar parte del pueblo de Dios. Así, de costa a costa, en América se escuchan las encendidas prédicas que llenaron

Europa durante la Reforma. Las palabras han emigrado y cuatro siglos después siguen sonando en otras bocas y otros oídos; maravillas del tiempo y de la historia...

I. Qué era Antes

La Constitución de 1812, la de Cádiz, una de las primeras de Europa, no establece diferencias entre españoles de uno u otro hemisferio. Al contrario, dice que "Son españoles todos los hombres libres, nacidos y avecindados en los dominios de las Españas y los hijos de éstos". Y también que "La nación española es la reunión de todos los españoles de ambos hemisferios". En consecuencia cabe imaginar que a todos cumple que sea "La religión de la nación española es y será perpetuamente la católica, apostólica, romana, única verdadera. La nación la protege por leyes sabias y justas y prohíbe el ejercicio de cualquier otra".

La penetración, entonces, de credos diferentes se produjo tras los procesos de independencia, aunque no cabe dejar en la sombra que la cristianización católica de tan vastos territorios era, como poco, peculiar. Lo sigue siendo. Probablemente la Iglesia Romana pocas veces tuvo efectivos suficientes como para colonizar tierras tan enormes. En muchos lugares se llegó a componendas entre las tradiciones locales y una teología culta demasiado alejada de los problemas cotidianos. Como en la latinidad

europea se sustituyeron dioses por santos, en América se sacralizaron de nuevo los altares y se admitieron de tapadillo ritos mixtos. Las iglesias se llaman "Santa María", o "Santa Marta" o "Santiago" o incluso "Nuestra Señora de Lourdes" pero sus nombres no hacen referencia a versículos del Antiguo Testamento ni a esperanzas ultramundanas. Tampoco travisten con palabras religiosas las tensiones sociales. Algunas iglesias son cómodas. Allá donde la población indígena es grande los sincretismos son evidentes. La gente reza con igual fervor, pero callada y para sí, con menos amenes y menos aleluyas. Se paran a veces ante los santos, musitando, mientras agarran una mano con otra. Todos conocemos la actitud del suplicante, porque todos tenemos dioses. Las naves españolas llevaban a veces en su vela pintada una Inmaculada. Hecha con trazos negros, poco delicada. Cada orden religiosa americana inventó su Virgen y aclimató sus santos. Sin embargo da la impresión de que ahora eso ya no basta.

II. Chichicastenango

En México los tlaxcaltecas lograron un estatuto especial. Podían tener caballos y montarlos, se les reconocía como hidalgos de Castilla a los que eran principales, y pudieron manejar el culto. Igual sucedió con los quichés. Durante la Semana de Pasión y las previas se suceden

perdones y procesiones. Chichicastenango tiene dos iglesias directamente edificadas sobre pequeñas pirámides previas. Es corriente en América que te cuenten cómo en tal o cual parroquia una vieja tradición ordenaba no mover el altar, y que cuando se hizo en los años sesenta para cumplir con el Concilio Vaticano II aparecieron tras él los dioses ancestrales. Muy probablemente varias de estas historias son ciertas. En Chichicastenango, cuya cristianización fue dejada en manos de los hidalgos quichés, que son quienes siguen administrando sus iglesias, estos dioses apenas se han disfrazado. Una Virgen dolorosa está posada sobre un lecho de hierba y rodeada por verduras y frutas; esto se llama un huerto, “por el huerto de los Olivos, ya sabe usted”. El olivo es árbol innecesario en parajes en los que el aceite se extrae del maíz. Pero necesitamos que la divinidad proteja las cosechas. Y más allá, otros y otros. Santos para la lluvia, los matrimonios, las enfermedades. En España otro tanto, pero hace más tiempo y está disimulado.

Y gente tirando al aire monedas y papeles. Y fuera, una hoguera pequeña donde se quema “copal”. Incensarios de “copal” por todas partes. También hay losas marcadas en el centro de la iglesia con velas de distintos colores: unas para las mujeres, otras para los varones, otras para los niños; unas por la salud, otras por el dinero, otras porque le caiga un mal encima a ese enemigo que todo el mundo tiene. Cerca de la puerta, seis majestuosos varones indígenas

ataviados con atuendos muy similares a los trajes típicos salmantinos cuidan de la compostura y receptan las limosnas. Pertenecen a la cofradía que se encarga de todo. Son muy apuestos.

Y si se cruza el mercado, cosa muy recomendable, se llega a la otra iglesia, más pequeña y sórdida, tan ahumada por dentro que las paredes son negras. Casi nunca encuentras a nadie. El que la cuida tiene un horario relajado. O quizás no es eso. Porque a esta iglesia hay que ir sólo si se ha cometido un gran mal. Y nadie da respuesta mejor que ésta a cualquier pregunta sobre el particular.

III. Las tres vías

En las ciudades, en las grandes, el ambiente es casi tan agnóstico como en Europa. Casi. Siempre hay un plus. Pero hay tres caminos. Catolicismo oficial y bien representado para la élite del poder y el dinero. Antigua Guatemala. Una primera comunión. Se celebra bajo la derruida cúpula del convento de Santo Domingo. Enormes lazos de seda cuelgan de lo que queda del ábside y arreglos florales blancos, impresionantes y delicados, llenan el espacio. Varias filas de asistentes. Un niño vestido de inmaculado blanco y dorado según pide el asunto. Su familia. Ellos con frac, ellas con pamea y guantes. En el templado y primaveral clima las palabras cariñosas de un sacerdote que habla con arraigado acento español. “Qué día tan

feliz para los padres, para el niño, qué bueno es conocer a Jesús". Da la impresión de que la Iglesia Romana ha hecho migas estrechas con los poderosos.

Es interesante hablar con clérigos, preferiblemente mayores, que nunca desdennan contar que conocen a éstos y aquellos y a los de más allá, que se alojan en sus casas y que mantienen con ellos la más estrecha amistad. ¿Habría cosa más deliciosa que el pisco sauer? Pues tengo en carpeta un clérigo que lo borda, para una importante familia cada vez que los visita, en un recipiente tan especial que existe sólo para hacerlo. Los moralistas españoles avisaban durante el tiempo de la Colonia de que mantener la moral en aquellas tierras era difícil. Por la doble tentación de la indolencia y la molicie. Llegué a tener un atisbo de lo que fuera la molicie en el Palacio Virreinal de Lima, cuando con un pisco en la mano caí en la cuenta de que la noche era tan suave y el aire tan envolvente que no era capaz de notar dónde terminaba mi piel y empezaba el resto del mundo. Moral y molicie sin duda son difíciles de llevar en buena compañía. Los de arriba deben sin embargo ser ejemplos morales, aunque se sospecha que no siempre lo alcanzan. Los de muy abajo siguen pidiendo a los santos cosas muy elementales y necesarias. Del medio ya se sabe que hay poca gente.

Algunos, hace unas décadas, inventaron una tercera vía; la llamaron "teología de la liberación". Pero tenían que competir con otros ter-

ceros bastante bien establecidos: la hermandad que predicaba desde el altillo del Livingston, los cristianos fundamentalistas que evangelizaban desde el Norte.

IV. El cristianismo fundamentalista

Adventistas y evangélicos se reparten el paisaje campesino y también se instalan en los suburbios urbanos. Sus letreros inundan no sólo Centroamérica, sino en todos los estados del Macizo Andino y Brasil. Pese a lo similares que son, tienen diferencias. Todas son iglesias del tronco reformado, pero es palpable la ausencia de las antiguas. Quiere decirse que luteranos, anglicanos, calvinistas... no están casi representados. Algo hay de las sucesivas "reformas de la Reforma" de modo que, espigando, aparecen presbiterianos, metodistas y baptistas. Pero lo común es encontrar una mayoría de evangélicos y adventistas. Las iglesias pentecostales son además las que más crecen en fieles. La introducción de estos credos y prácticas es posterior, en efecto, a las independencias. Y viene por dos afluencias: las minorías europeas que importan sus propios cultos y la evangelización proveniente de misioneros anglosajones. La primera de estas formas se desarrolla a partir de mediados del siglo XIX, con la emigración de pequeños grupos suecos y alemanes. La segunda eclosiona sobre todo a mediados del XX.

Muchas de estas confesiones tienen sus orígenes en movimientos cristianos producidos por el rechazo a las consecuencias de la Modernidad. Por ejemplo, el llamado Gran Despertar es decididamente una reacción contra el primer desarrollo de las ideas ilustradas. Frente al racionalismo que toma tintes pragmáticos, ya a principios del siglo XVIII, algunos cristianos reaccionan adhiriéndose a los textos bíblicos. De ahí surgen toda una serie de congregaciones cuya metodología se irá repitiendo en cada siglo: a cada innovación cognitiva o moral se resistirán mediante una vuelta a la interpretación literal de los textos de la tradición bíblica heredada. Como, en efecto, el “libre examen” reformado produce constantes debates, estas congregaciones se separarán con relativa facilidad; a decir verdad, casi con la misma que construirán alianzas de unión a lo largo del XIX. De ahí nombres tan repetidos como unionistas, unitarios o incluso cuadrangulares. Estas iglesias forman un bosque tupido, pero sus diferencias son pequeñas: las creencias suelen ser muy similares; las liturgias diferir un tanto; lo que las separa es meramente su organización. Son radicales libres, por así decir, filiales que no dependen orgánica ni económicamente de un centro único. Pero casi todas ellas son literalistas en cuanto a los textos y conservadoras en moral. Y esto nos lleva a las razones de su pertinencia en el escenario latinoamericano.

V. Las ganancias morales

Si la formación de buena parte de estas iglesias fue producto de la inseguridad moral desatada por la ilustración en el siglo XVIII o las nuevas doctrinas evolucionistas en el XIX, las últimas iglesias nacidas, aunque se reclamen del Gran Despertar, tuvieron su origen en la gran confusión del *melting pot* norteamericano a principios del XX. Un país en rápida expansión hacia el Pacífico produjo desordenadas migraciones, pero también efervescencia social que alguna de nuevo se canalizó por el vehículo religioso. A veces, las diferencias entre congregaciones son por casos tan nimios como bautizar en el nombre de la Trinidad o en el de Jesucristo. Pero quien se concentra en la literalidad corre ese riesgo: encontrar textos divergentes para los que no conoce ni dispone de hermenéutica. Tomados como asuntos vitales, una coma de más o de menos puede desencadenar una escisión. Adventistas o evangélicos saben de eso. En todo caso, la pertinencia de esta eclosión corre pareja con su momento histórico. Sin embargo, aquel momento poco se parece al que existe actualmente en América Latina. Entonces ¿qué parámetros hay que contemplar?

Sostendré que la ganancia moral es el mayor de ellos. Ganancia que se manifiesta en sus prédicas a favor de la continencia, la familia, la vida ordenada. Pero también en su rotundo rechazo de la homosexualidad, los divorcios o el aborto. Todo ello incide de pleno

en la libertad de las mujeres. Y para probar esto, que la gente considera estas posiciones ganancias morales objetivas, acudiré a una estrategia oblicua: mostrar el estado de postulación del que provienen.

¿Cómo, por ejemplo, se oponen vehementemente en Latinoamérica, gentes y Estados, por ejemplo, al aborto? ¿Qué hay bajo tan fuerte enemistad? Es un real problema teórico, sobre todo porque es nuevo. Esto es, la consideración del aborto como algo imposible de admitir es relativamente nueva en el panorama moral en que vivimos. A decir verdad, es bastante tardía. No la conoció, por supuesto, el mundo antiguo, y ni siquiera los primeros pensadores morales cristianos tenían este tema claro. Más bien al contrario. Para meterme por semejante cenagal, voy a perderme también por otros vericuetos igualmente imposibles. Ciertamente con un poco de paciencia espero salir con bien.

Hubo un tiempo en que estuvo admitido afirmar que la economía era la estructura real social y que los valores eran sólo su acompañamiento superestructural; de tal manera que a determinados funcionamientos económicos se correspondían valores que les hacían de comparas ideológicas y sólo servían para validar el sistema principal, el sistema de producción e intercambio económico. Esto fue enunciado con tal claridad por Marx y fue tomado ampliamente en serio. Pasó a la cultura corriente del siglo XX afirmar que la economía era el dador de valor básico del conjunto social. La voz

discordante que desde el inicio se opuso a esta manera de ver las cosas, fue la de Weber. Su idea es que la economía no forma la trama subyacente del sistema social, porque su fundamento verdadero es una masa de creencias compartidas. La economía claro que pesa; sin embargo, para conocer bien una sociedad, hay que indagar en los valores, porque los valores son capaces de alterar el funcionamiento económico. Así sucedió en la Reforma en la que Weber veía el inicio del capitalismo. “La santidad elevada a sistema”, por usar sus palabras. Una serie de cambios en valores habían desencadenado un inmenso y nuevo sistema productivo.

Una trama social, obviamente, tiene intercambio económico. Y esto fue lo que el marxismo añadió a la manera de entender el mundo, que ha sido la del siglo XX y sigue siendo la nuestra: no podemos despreciar el basamento económico-social e imaginar que la economía es un intercambio que se produce al margen de las otras prácticas sociales. La economía es una de las prácticas sociales más importantes. Ahora bien, se mueve dentro de otro sistema, el de los valores. La demostración que hizo Weber en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* fue decisiva, cuando señaló cómo habían sido las ideas de la reforma protestante, las que habían cambiado las prácticas económicas en todo el norte de Europa. Y que ese cambio en prácticas económicas, había dado como resultado una sociedad nueva, una sociedad que había mutado porque sus valores

previamente habían mutado. Y que, a consecuencia de ello, había mutado también su sistema económico. Mediante tal cambio había descubierto un nuevo tipo económico, mucho más capaz que el anterior de producir todo tipo de bienes. Y de producir también intercambios de otra naturaleza; y a una velocidad que en el mundo anterior a éste no era posible. La religión estuvo en el inicio. Max Weber colocó la disyuntiva en si debemos considerar previos a los fenómenos económicos o a los valorativos.

VI. Los fractales existen, al menos yo conozco uno

Ahora consideremos un asunto que tiene que ver con Max Weber y sobre todo con su análisis de Europa. Cabe pensar que Europa se ha trasladado entera a América. No quiero con ello tocar ni herir la susceptibilidad de nadie, pero entiéndase que América, desde el punto de vista de la Europa colonizadora, era un continente despoblado. O casi. Y Europa durante tres siglos colocó en América todos sus excedentes poblacionales, de tal manera que casi dejó de padecer las sistemáticas crisis demográficas, hambrunas y guerras que sufriera hasta el siglo XVI porque, sencillamente, sus excedentes poblacionales pudieron ser situados en América. Ahora sabemos además, por vía genética, que esos excedentes fueron sobre todo masculinos.

Y en el Nuevo Mundo se levantó la misma barrera que en Europa comenzó entonces a elevarse: la que existe entre la Europa reformada del norte y la Europa católico-romana del sur. Hay una traslación geográfica, isomórfica: qué tenemos arriba, qué tenemos abajo; dos bloques que son isomórficos, cultural y religiosamente. Llamamos de hecho “sur” a países que quedan al norte a los efectos geográficos y lo hacemos porque es esa otra frontera la que nos domina las clasificaciones.

Pues bien, la manera de juzgar los derechos sexuales y reproductivos es generalmente más abierta en el llamado norte que en el sur. Podemos atribuirlo a un conglomerado al que cabe llamar machismo, como un todo, pero esto es un modo de calificarlo, no una explicación. Nos convendría saber mejor qué es eso a lo que llamamos machismo. Esto es, cómo se divide, qué entraña, y de dónde proviene. En definitiva, por qué está ahí y cómo se hace.

Algo divide a las sociedades del norte de Europa de las del sur; de hecho las ha dividido hasta la paz en que concluyó la Segunda Guerra en nuestro siglo veinte. Ahora que Europa se está volviendo bastante homogénea en valor, podemos verlo: es lo que Weber señalaba. La distinta consideración del trabajo y de la suerte por arriba o por debajo de la frontera religiosa. Arriba el trabajo, es cosa buena y conviene hacerla, señal de elección divina si sale bien; y del mismo modo la recta ganancia es buena y legítima; debe ser reinvertida, por-

que es la manera en que Dios quiere que las cosas se hagan, porque los talentos deben dar fruto. El mundo ha de funcionar según su Voluntad. Por lo tanto la pereza es un gravísimo vicio.

Asociado con lo anterior, la suerte no tiene ningún papel en la vida humana. En ella todo es conocido por Dios: el pasado, el presente y el futuro. Y también es querido por Él. Todo lo que ocurre tiene, por lo mismo, ha de ser querido por nosotros. En lo que nos pasa se manifiesta la voluntad divina que nos va dando signos.

La suerte verdaderamente no existe. La vida humana está bien hilvanada. Por ello, querer cambiar de un golpe la suerte propia no es bueno; distinto es sobrepasar las propias circunstancias mediante el esfuerzo constante. Hay que querer lo que Dios nos ha deparado, cierto, pero esforzarse en mejorarlo, puesto que por ese camino nos santificaremos y llegaremos realmente a conseguir nuestra adecuada fortuna. El que nos vaya bien es signo de elección divina, pero porque a ello sistemáticamente y con esfuerzo nos dediquemos. En consecuencia, juegos, loterías, apuestas, cambios súbitos de fortuna o literatura que los glose... ese cúmulo vive en un limbo cercano a lo pecaminoso. No está en el contexto de lo que Dios quiere. "El tiempo es oro" y "no dejes para mañana lo que puedas hacer hoy". El trabajo honrado es orgullo y el dinero mal ganado nunca dura.

Pero el sur es otra cosa. Allí, más abajo, en Europa y en América, la fortuna es señora de las vidas y el ocio un asunto envidiable. Abajo todos coinciden en que trabajar es un castigo divino, porque ya lo dice el Génesis. Y nadie piensa cambiar esta concepción. Quien está obligado a trabajar es porque no ha tenido la suerte de no poder hacerlo. Con el trabajo, pocas ilusiones, ni dignifica, ni se aprende nada con él. No. Es pura y simplemente la maldición que Dios lanzó sobre Adán y Eva. En consecuencia, la vida contemplativa es mejor que la activa. Los nobles y mejores han de ser ociosos. Por lo tanto, la pereza es mala sólo en los inferiores.

Y la suerte, delicado asunto: ella decide dónde naces. Todo lo que en la vida nos pasa es un azar de fortuna. Quien lo expresa mejor es el teatro barroco español, Calderón en *El gran teatro del mundo*: El mundo es un gran escenario en el que nada es lo que es. Al nacer hemos todos recibido una máscara, un algo que seremos durante el corto tiempo de la vida. Si representamos bien el papel, entonces el Señor nos dará la Gloria. Y si no, tendremos el infierno en pago. La *vida es sueño*; el mundo es un teatro. En el fondo la posición mundana no importa tanto. ¿Qué hemos de hacer en la vida con la desigualdad y la ambición? La primera, admitirla, porque forma parte del papel que Dios nos ha dado. Unos nacen reyes, otros nacen mendigos, otros nacen clérigos. Unos nacen para mucho y hay *gente de para poco*, que es la mayoría. Y la

ambición es estúpida en los pequeños: lo que debe hacer cada uno es vivir en su esfera. Si toca arriba, desarrollar las virtudes de los de arriba; y si abajo, conformarse; y admirar a los de arriba, que para eso están ahí puestos por Dios a modo de ejemplo.

¿Se puede intentar cambiar la propia suerte? En la España imperial gustan las novelas de peripecias, pero su enseñanza, como toda la de la picaresca, es clara: nadie lo logra, aunque a veces lo parezca. Volvamos a Calderón, a Segismundo. El protagonista de "*La vida es sueño*" tiene varios cambios de fortuna. Ora está en un desierto entre unas desoladas peñas, bramando, ora en un dorado palacio, ora vuelve a las peñas. "Ay mísero de mí", exclama. Y al final de su papel afirma: "Yo creí que en estado más levantado me vi". Todos sus cambios de fortuna le sirven para aprender la lección de que no los hay. Sólo Dios controla la escena y lo mejor es dejarse llevar.

Desde un punto de vista calvinista, un azar de fortuna es una imposibilidad y además no habría manera de procesarlo, de comprenderlo, porque el sujeto debe interrogarse "¿qué me quiere decir Dios con esto? ¿por qué me ha pasado esto?". En los signos de la vida se desentraña la voluntad divina. Pero desde un punto de vista católico romano más bien hay que pensar que Dios tiene su azar. El azar es la lógica de Dios. No hay nada que entender, sino vivir y dejarse llevar, a lo que ocurra.

VII. La tierra prometida

Esta disparidad puede producir extraños efectos sociales y no sólo personales. Crea su propio contexto. Cuando la Corona Hispánica, en realidad la Corona de Castilla, pagó al Almirante para que fuera a descubrir un camino nuevo hasta Catay y Zipango, a fin de poder traer sedas y especias desde el Oeste, ya sabía que el orbe era redondo. Lo que no sabía era la distancia a la que quedarían las tierras descritas por Marco Polo en el libro llamado "De los millones". Buscando aquellas tierras se encontró otras, pero volvió convencido de que aquello eran Catay y Zipango, si bien los naturales no eran como Marco Polo decía, ni habían aparecidos las grandes ciudades. Pero ya se irían conociendo. Quedarían más al interior y sin duda aparecerían cuando se hallara tierra firme. Los modos de vida comenzaron a exportarse. Y las ideas que los sustentaban.

La colonización reformada también lo hizo con el suyo. Encontraron pueblos recolectores-cazadores, por tanto, previos al mandamiento dado a Adán de cultivar la tierra. La Biblia fue buena en el norte como guión de la conquista. Entienden que es una tierra virgen. Y procedieron en consecuencia, como se procede en tierra virgen, se la apropiaron. "Toda esta heredad te he dado" dijo el Señor. Para que la trabajes; como los indígenas no trabajaban la tierra, se les podía de ella desposeer; no eran verdaderos herederos de Adán¹.

América es, para los cristianos reformados, la segunda tierra de promisión, la tierra prometida. Lo dicen los textos; los siguen. A golpe de ellos se organiza la convivencia en las iglesias veterotestamentarias. Para los católico-romanos, también; puesto que cuando parte de Europa se aparta de Roma aparece todo un inmenso continente que evangelizar. El viejo mundo y el nuevo mundo; pero ¿por qué es viejo el viejo? Porque está arrumbado. Ha sido también arrumbado por Dios, que ya no lo ama. Él quiere otro. Aquel que consagrarán los padres fundadores justamente con la Biblia en la mano. Y los mercedarios, franciscanos y dominicos con los catecismos. La religión es el fundamento de la colonización.

Pero, como ya se dijo, no son mundos similares. Lo que en el norte es trabajo calvinista en el sur es una sociedad del fasto. La latina no es una sociedad reformada. Su dinámica, económica y valorativa, es el fasto. Así llamamos también a lo que Veblen denominara "consumo conspicuo". Su *Teoría de la clase ociosa* es un libro asombroso que nos ha de servir de guía en este tramo. Las sociedades del fasto producen, como las otras, pero producen según un orden de valor jerárquico. Se especializan en determinados bienes de extraordinario precio. Objetos que sólo pueden ser consumidos por un tipo de gente que está obligada a hacerlo por estatus. Nunca son producciones seriadas, sino encargadas, hechas a propósito, extraordinariamente delicadas y que alcanzan

altísimos precios. Las sociedades del fasto no promueven un gran tráfico de bienes, sino un tráfico selectivo de bienes.

Se parecen a la sociedad clientelar del Imperio Romano. Los bienes básicos más o menos están asegurados para todo el mundo, pero por medio de la familia a la que se sirva. Cada persona nace cliente o protegido de otra familia, que es la importante, y vivirá para ella sus días, sintiéndose además orgulloso de ello. El honor individual deriva del honor que tiene esa familia, a la que se sirve y de la cual se depende. Cierto que esto está presente en todas las estructuras nobiliarias. Pero no conviene esconderlo. No es estrictamente el sistema feudal. Pensemos además que una sociedad del fasto es un sistema de amplio consenso. No hay sistema de dominación en que el dominio se mantenga sin la anuencia del dominado; ésta es imprescindible. El traslado de honor es un gran beneficio que quien sirve recibe. Por lo tanto, a los grandes se les sirve con fidelidad y además con gusto; es eso que se llama todavía en el catolicismo, a veces, el *orgullo de servir*. En pocos sitios se lo menciona, pero está ahí. Esta es la América latina.

La América reformada trabaja, individual y calvinistamente. La latina trasplanta un modelo más antiguo y realiza durante la Colonia una fusión extraordinaria. Así sucede con sus élites, entonces fascinadas por reproducir, agrandándolo, el modelo hidalgo que en la península casi ya no se sostiene. Existe una cultura compartida evidente que se percibe en los

menores detalles; en una imagen, un cuadro, una calle, una habitación. Resulta asombroso viajar a una cualquiera de las ciudades coloniales, que algunas muy buenas quedan en América, y ver reproducidos los modos de vida completos de la imaginación castellana. En la propia arquitectura por descontado, pero también en la cantidad de monasterios e iglesias... reproducidos y ampliados.

Recordemos Antigua Guatemala o Cartagena. Son ciudades españolas del siglo XVI trasladadas, como en un vuelo fantasma, de la metrópoli a Indias, llenas de conventos y monasterios. ¿Es que los católicos rezan más que los reformados? En absoluto. Es que la sociedad del fasto los necesita. Conventos y monasterios servían para orar, que es cosa buena, porque más vale tener a Dios de buen humor, pero sobre todo eran imprescindibles para que la sociedad del fasto se reprodujera. Los excedentes familiares hay que poder situarlos en alguna parte para que los bienes no se dividan. Europa mandaba a sus hijos varones a América. Y en América allí las familias enviaban a sus descendientes a poblar, mientras se pudo, o al convento, cuando ya no fue posible.

Y el caso amargo para la familia son las mujeres, porque con los hijos siempre se puede hacer milicia. De las hijas a lo mejor sólo se puede casar con una buena dote a una, al buen nivel por lo tanto. El resto han de ser recluidas en un convento. Una sociedad llena de ellos nos habla del sistema de bienes dotales y de

cómo tiene que ser manejado para que las familias no decaigan y se puedan seguir casando entre sí, sin descender. Tener hijas es mala inversión para la familia. Es mucho mejor tener hijos. Uno al servicio del rey, otro al servicio de la Iglesia, otro al propio servicio de la familia, siendo su continuador. Una hija para casar, como mucho, es lo ideal. Y si acaso otra para que nos cuide a todos, y lleve la mayordomía doméstica; una incasable. Una a la que entregar sólo si aparece una alianza familiar interesante. Todo esto lógicamente, ocurre en la pura cima del conjunto social y entre los que quieren parecérseles. Esas son las gentes que pueblan los espléndidos conventos. No tengas hijas o ten monasterios. Nuestros clásicos en esto son muy claros: "Cinco hijas tuve y la última fue la mejor porque nació muerta".

VIII. La moral es cara

Son sociedades las del fasto enormemente tolerantes con la desigualdad, es más, fundamentadas en ella. En las que los de abajo admiran a los de arriba. Y quieren, además, que los de arriba sean admirables, ricos, espléndidos. Y de la misma manera que toleran la desigualdad con los de arriba, toleran y aplauden las demás desigualdades. No las encuentran enojosas de soportar. Llevan muy bien la desigualdad de sexo, por ejemplo. Gustan de la desigualdad de estatus. La racial. Incluso la de

suerte. En ellas los de arriba tienen honor y son fuente de honor. ¿Y los otros?

Las sociedades renacentistas –y las americanas lo son– dan un nuevo impulso a la práctica de la esclavitud. En realidad, nunca había sido derogada pero se mantenía como parte poco visible del sistema feudal. Ahora adquiere mucho más terreno. Y todas las sociedades esclavistas corren similares riesgos morales. Cítese uno: el derecho a la castidad no existe. Los de abajo no pueden pagarse la moral. Es cosa conocida. Tener virtudes en Roma era difícil, igual que lo había sido en la Grecia de las *Polis*. Aristóteles lo afirma claramente. El que no sea de buena familia, ni tenga el cuerpo bien conformado, ni tenga parientes también poderosos, ni amigos importantes, ni buenos hijos... Ése no puede comportarse moralmente. Ni en consecuencia ser feliz. Ser moral, poder permitirse ser moral, es un atributo de clase en alto grado. Los inferiores han de contentarse con ser y hacer lo que les manden.

Para las hijas, el convento. Para las pobres la mancebía. Nadie sin recursos o libertad puede guardar la castidad en una sociedad esclavista. Un clérigo castellano se queja de lo que ve en Portugal. Portugal es la primera corona que comienza a importar negros. En la historia de la trata desde África, hay varias etapas y son todas importantes. Quien primero la inicia es Portugal explorando la costa africana hasta Cabo Verde, primer lugar de clima tropical. Allí embarcan a negros, varones y mujeres,

que les venden los reyezuelos locales y los trasladan a la metrópoli. Se ha iniciado un gran negocio. Lo entienden ellos y los demás europeos como parte del Renacimiento. Los esclavos son prueba del nacimiento de una nueva Roma.

Tenemos las muestras de asombro de un clérigo español que ve cómo son tratados. No le asusta la violencia, en la que no repara, sino la permisividad sexual: se indigna porque no los tratan como a hombres, sino como a animales, dado que no les impiden ningún capricho de la lujuria; “los dejan juntarse como si fueran animalicos”. No le preocupa que los golpeen, sino que le escandaliza que no les hagan compartir la moral sexual común. “Los dejan que se junten entre sí, sin matrimonio y hasta los animan a ello”. Como a bestias de corral de los que se quiere que se reproduzcan, pero no se les da moral, porque no se quiere que la tengan. No conviene: se quiere, al contrario, tener más esclavos².

Arriba hay unas normas, abajo ningunas. Arriba puertas, celosías y conventos. Abajo animalización. Los hijos que se tienen con las esclavas se venden. No hay piedad filial ni familiar. Para la gente de bien existe la ley moral, aunque sea difícil y odiosa. Los de abajo no son gente; no la necesitan.

¿Cuál fue la gran innovación que el cristianismo aportó al Imperio de Roma? Muchas fueron las que introdujo, pero no la menor que los pobres fueran virtuosos. Que pudieran serlo.

Decir que la virtud estaba al alcance de cualquiera, de los más débiles. Que cualquiera podía ser tanto o más heroico que los grandes ejemplos de virtud de los que hablaban los historiadores romanos, más que Mucio Scévola. Pues cualquier mártir es más que él, puesto que testifica por la sangre de Cristo. Y además cumple con la ley de Dios. Y lo hacen esclavas y frágiles doncellas. Y esto es la verdadera virtud heroica, cumplir con la ley de Dios.

Con el cristianismo la gente corriente se apropia de la virtud. Y una de las más sobresalientes fue, entre el siglo II y el III, la castidad³. El Renacimiento quería ser romano, sí, en sus peores facetas también⁴. La esclavitud en el Imperio Romano tuvo sus episodios. Incluso las leyes acabaron por reconocer a esta gente ínfima, no dueña de sí, cosas impensables: Que un esclavo podía ir haciéndose su peculio para comprar su libertad cuando pudiera. Que el amo no le podía arrebatar ese peculio, que era su única esperanza. Los libres son dueños de sí mismos. Los esclavos no tienen familia ni a lo suyo se lo considera matrimonio. Como en las granjas estadounidenses, “se unían saltando la escoba”. La prostitución en el Imperio fue esclava: niñas y niños eran comprados para dedicarlos a ella. O tomados de la exposición pública, donde la gente abandonaba a las criaturas que no quería o podía mantener. Algunos padres de la iglesia, para convencer a los fieles de que no frecuenten los lugares de prostitución, les avisan de que pueden estar yaciendo

con hermana o hermano. Nadie en la esclavitud sabe de dónde viene. La servidumbre llena el mundo de mal.

El derecho a ser casto en Roma sólo lo tiene la clase más alta. Y cuanto cuentan los historiadores antoninos a propósito de la etapa Julia debe tomarse *cum mica salis*. Un verdadero caballero no se junta con esclavos, ni con esclavas. Eso es despreciable porque lo puede hacer cualquiera: esa gente no puede negarse. Lo interesante, entonces y ahora, es tener *affaires* con los iguales. Una relación con alguien inferior, que no puede negarse a tenerla, no da prestancia. Para alcanzar el estatuto de casanova hay que trabajar en el propio huerto. Como Catulo, por poner un ejemplo, que pretende a las hermanas de sus amigos, o a sus esposas. Con sus esclavas haga lo que le venga en gana. Eso se da por supuesto, con ellas y con ellos. Abajo no hay virtud. Nadie puede permitírsela.

Hacerse cargo de ella formó una de las grandes tramas morales del Imperio romano, que tiene mucho que ver con el triunfo de la religión cristiana. Preguntémonos por qué la mayor parte de los ejemplos de santas romanas son vírgenes y de ellas se nos dice que prefirieron morir antes que perder la virginidad. La virginidad era un tesoro que tenían las vírgenes vestales y las jóvenes de buena familia. Y las demás no la habían ni oído. Lo que hoy llamamos abuso de menores era lo corriente. Hay una carrera hacia el dominio de la virtud

que tiene mucho que ver con el éxito de esta religión en sus inicios. Sociedades esclavistas, aunadas con la cultura del fasto, nos dan una geografía moral singular y en los tramos sociales inferiores, abyecta.

IX. La importancia de la familia

Si tenemos algunos de estos componentes en el fondo del mundo que nos toca habitar, tenemos que esperar que haya una clase alta extraordinariamente comprometida con la idea de familia y la castidad femenina. Pero comprometida mucho más allá de donde es verista imaginar. Porque justamente el sistema de las familias es el “sistema de arriba”. Y la idea misma de familia tiene que provocar respeto social, sólo al proferir la misma palabra “familia”. Porque los de abajo no tienen familia ni, a menudo, nada que se le parezca. Y lo que quieren es tenerla, porque es lo decente, lo que está arriba. Por lo mismo, también en estas sociedades el escándalo es tan interruptivo y no se produce por dinero, sino por sexo. Que alguien se haga con más dinero del que tiene, incluso por medios poco lícitos... Para empezar, todos los medios de hacerse con dinero, puesto que la idea fortuna funciona, son lícitos, excepto robar directamente uno mismo. Ahora, si en vez de hacerlo en persona se envía a otros... El asunto es que no se hayan puesto los medios en directo. Los de arriba tienen dinero y lo aumentan: por

matrimonio, por favor real, por amigos, por influencias, por suerte. No es escandaloso.

Lo es, sin embargo, arriesgar la santidad de la familia, por ejemplo mediante un *affaire* sexual y sentimental. Eso no gusta ni a los de arriba ni a los de abajo. La familia es lo mismo que la santidad del hogar. El hogar es santo, la familia es santa. ¿No es un lujo tenerla? Pues hay que respetarla. Pero ¿quién es santo dentro de ella? No el varón, que sigue disponiendo de toda su capacidad de irse con quien quiera dentro del ámbito de las inferiores. El escándalo se produce cuando se enreda con una igual. Respetemos las reglas; ellas han de ser irreprochables. O parecerlo. Arriba brille la virtud femenil. Y ellos la respeten. Sólo esa, la de sus iguales. ¿No son los que tienen lo que los demás aspiramos a tener y todavía no tenemos, que es familia y respetabilidad?

Las familias, por tanto, tienen que ser ejemplares. Como difícilmente una familia es ejemplar, al completo, lo que hacen es simular que lo son. Las sociedades serviles y fastuosas son también sociedades hipócritas, donde todo el mundo simula una ejemplaridad que no posee. Y esa hipocresía de nuevo corroe la moral compartida.

X. Querer ganancias morales

Cuando el férreo esquema servil se rompe, los de abajo no plantean un modelo alternativo y

desconocido, sino el cumplimiento del que sienten como importante. Quieren ganar en normalidad. Y la normalidad, según el acuerdo tácito, está arriba. Por lo tanto no pueden aceptar la existencia que tienen, moralmente hablando, porque no la estiman digna. Es sólo lo que les ha tocado y lo consideran manifiestamente mejorable. Si en sus contextos de acción comienza a entrar la idea de progreso social, querrán tener más dinero, más bienes; pero no sólo eso. También más dignidad, más respeto, más familia. Para los conservadores, la ilegalización de la familia dentro del orden político –que de suyo la democracia exige– siempre es una afrenta porque la consideran el verdadero sistema moral. Es dadora moral de estatus.

En términos económicos la familia ya no es en casi ninguna parte del mundo un sistema productivo, excepto en algunos tramos muy aislados de economía agraria. La familia es responsable de gran parte del consumo, pero no de la producción. Y el feminismo de los años setenta llegó más allá y mantuvo –Julie Mitchell lo hizo– que a día de hoy es exclusivamente un sistema de apoyo emocional. Me encaminaré al final usando una distinción de una de las grandes antropólogas del siglo XX, la que plantea Ruth Benedict entre sociedades de la vergüenza y sociedades de la culpa. Atiende a la manera en que la sanción moral se produce. Afirma que las sociedades de culpa hacen que las personas interioricen la normativa moral de tal modo que ellas mismas se

automaltraten si obran mal; que no puedan soportar el mal que hayan hecho porque éste se presenta delante de sí, acusándolas⁵.

Por el contrario, las sociedades de vergüenza no tienen este tipo de sanción interiorizada: la sanción son los demás. En ellas se obra sobre todo pensando en ellos. Allí una mujer es honesta ante todo sexualmente. Si conserva su virginidad largo tiempo y la entrega, mediante sacramento o rito igualmente convalidante, a un solo varón, merece mantener su posición social o ascender. Su honestidad sexual es una señal de estatus. La honestidad femenina es un bien de alto precio.

En tales sociedades, fastuosas, esclavistas o que lo han sido, con cánones de vergüenza, las mujeres se dividen en dos clases: las damas, que serán doncellas previamente y las que “echarán la tripa pa’ alante”, antes o después porque no tienen otra posibilidad. Las que tienen honestidad, la tienen *in toto* y las que carecen de ella carecen *in toto* de ella. Y la parte mezclada, no existe, porque tampoco existe la idea de la voluntad individual asociada con la idea de un individuo-mujer capaz de sustentarla. Y los de abajo lo que quieren tener es lo que tienen los de arriba. Las clases medias y su capacidad de innovación pesan todavía poco.

Mientras la estructura no cambie, las variedades fundamentalistas de la religión serán bienvenidas. Reparten moral al precio de coartar la libertad femenina y procurar a los varones el estatus de señores de su propia familia.

Y encontraremos dos religiones, la de arriba y la de abajo, que todavía alientan la idea de que la sumisión femenina, es buena, y que la honestidad femenina es una riqueza a la que no se debe renunciar nunca. Porque no han separado, ni quieren hacerlo, los fragmentos del orden antiguo y las disposiciones de una nueva sociedad individualista, que sólo tiene la propia apoyatura del racionalismo, para seguir adelante con sus planteamientos. Por lo tanto tendremos a los unos con sus jerarquías y moarés de color amatista dándose ánimo frente a “esta ola feminista o de género que nos invade” y a los otros organizándose en sectas y congregaciones igualmente resistentes al feminismo, a fin de alcanzar aquello que se alcanzaba en el siglo III, el estatus de moralidad y el respeto dentro de una comunidad. En tal panorama, las y los feministas intervenimos dentro de un sistema de valor en el que no podemos encontrar fácilmente otra apoyatura que el Estado. Y cuando los Estados son frágiles o están demasiado en las manos de los de arriba, esa apoyatura falla.

Si en medio de todo ello se producen los debates que tratan de la libertad del cuerpo femenino, como el debate del aborto, deberemos esperar alianzas entre ambos, contra natura, o que percibiremos como tales, pero que no lo son en absoluto. Son alianzas entre esquemas de valor compartidos por el vértice y el fondo de la pirámide social.

A esta agenda, la difícil de los derechos sexuales y reproductivos, se ha sumado ade-

más en estos tiempos una segunda agenda política, la del poder y la paridad. Y puede ocurrir que se lleve más fácilmente adelante la agenda de la paridad, que es posterior, en países como los nuestros, que la vindicación de la propiedad del propio cuerpo. La resistencia terrible a los derechos sexuales y reproductivos en tantos países latinoamericanos indica que estamos moviendo grandes masas de certezas morales que se desplazan abruptamente, que producen también terremotos en su esfera y de las que conviene indagar las causas de fondo. Espero que esta aproximación sirva para comprenderlo.

Notas

- ¹ En las pinturas de los primitivos americanos, sobre todo algunas que realizan del río Hudson, cierta vergüenza se percibe: la nueva tierra es un paraíso al que los occidentales están exportando el pecado, en forma de alcohol, tabaco y armas que los comerciantes desaprensivos venden a los indios. Pero, en resumidas cuentas, es un paraíso que sus pobladores no merecen.
- ² H. Thomas, *La trata de esclavos*, Planeta, 1998.
- ³ Aline Rousselle, *Porneia*, Península, 1989.
- ⁴ H. Thomas, Op. cit. pág. 112.
- ⁵ Esto encuentra apoyaturas bíblicas, por ejemplo, "Mi pecado clama constantemente contra mí".